



CUMULO DE TESTA

Ciencia Ficción de Frontera

#00

BIENVENIDOS

Estimados pasajeros, les informamos que acabamos de apagar los motores warp y estamos cambiando a propulsión clásica. Si miran por las ventanillas, se darán cuenta de que estamos por llegar a nuestro destino.

El capitán les recomienda que hagan caso omiso del horror cósmico que se aloja en el sanitario de caballeros y les desea una estancia placentera en El Cúmulo de Tesla.

Este ejemplar es el primer trabajo de un colectivo, integrado por seres que provienen de distintos mundos del vasto Universo de la Cultura: artistas plásticos, científicos teóricos y experimentales, escritores y literatos. Todos ellos tienen la característica en común de ser creadores en sus lugares de origen.

Los integrantes del Cúmulo de Tesla (que se hacen llamar así en honor al soñador e inventor serbio Nikola Tesla) pretenden intercambiar semillas de sus pensamientos, sueños, anhelos e ideas, para ver cómo germinan en los mundos de los otros. Lo que ahora tienes en tus manos son los primeros retoños de este experimento.

Créditos

Esta publicación se imprimió en el contexto de Ciencia-Ficción-Ciencia V2.0, un evento del Instituto de Ciencias Nucleares de la UNAM, que tuvo lugar los días 5, 6 y 7 de noviembre de 2014.

Editores: Libia Brenda, David Venegas

Montaje: Libia Brenda

Diseño de portada: Mariana Gutiérrez Rojas

Diseño de programa: Luz Serna

Imagen de portada: Alejandra Otero

Director del Instituto de Ciencias Nucleares de la UNAM: Miguel Alcubierre Moya

Coordinadora de la Unidad de Comunicación de la Ciencia del Instituto de Ciencias Nucleares de la UNAM: Gabriela Frías Villegas

EL MAR DE DIRAC SUEÑA CON MI MUERTE

MIGUEL LUPIÁN

*Y los mares grises cantan,
y las blancas colinas se sumergen,
y yo estoy muriendo en todo mi esplendor,
muriendo, muriendo, muriendo.*

WILLIAM HOPE HODGSON



¿EN QUÉ MOMENTO me convertí en este autómatas que no deja de remar a bordo de una barca sin nombre? Las llagas en las manos y las arrugas en el rostro me lo insinúan. Nadie se detiene a pensarlo, seguimos remando, remando: no podemos quedarnos a la deriva.

Uno, dos, uno, dos.

La tempestad se acerca, lo siento en los huesos. El viento fiero aúlla. La espuma sisea. Los mares grises cantan. La sombra purpúrea de la muerte tiñe todo lo que era gris. Los rayos, lanzas níveas de dolor, encrespan al mar, convenciéndolo de hundirnos.

Uno, dos, uno, dos.

Una lanza flamígera se clava en uno de mis hermanos. Lo miramos de reojo, esperando encontrar su cuerpo carbonizado. Mas sólo lo vemos elevarse y flotar alrededor de nosotros, como si fuera la marioneta idiota de un titiritero monstruoso, hasta que desaparece entre las nubes. En su lugar quedó un hueco, aunque sigo sintiendo su presencia.

Uno, dos, uno, dos.

Ahora todo es calma. Las llagas de mis manos han cicatrizado y las lágrimas se han extinto. Pero el hueco que dejó mi hermano me recuerda que muy pronto la espuma dejará de meditar y los mares grises entonarán mi última canción. ♦

LA PUERTA DE OORT

AMÍLCAR AMAYA LÓPEZ

LA SALA DE ESPERA de vuelos interplanetarios se encontraba casi vacía. Llevaba en ese estado más de un centenar de años. El deterioro progresivo era evidente desde el ala de espera más alejada hasta la única que quedaba en uso; que tampoco era cómoda, sólo utilizable.

Allá, donde imperaba la oscuridad del olvido, las paredes se caían a pedazos y el polvo y las telarañas se cubrían las ruinas. Panfletos que hacían promoción de algún atractivo turístico extrasolar u ofertas de empleo en las colonias revoloteaban por el suelo en corrientes de aire que se colaban entre los huecos de la pared. No hacía falta limpiar, remodelar o demoler aquellas secciones del edificio, ya nadie las iba a usar jamás.

El éxodo comenzó poco después de que se pusieron de moda los viajes recreativos al espacio cercano. Los que se podían permitir el paseo escapaban así de guerras intestinas y epidemias que diezaban la población allá abajo, a miles de kilómetros bajo sus pies. Los científicos se desvelaban con la idea de la colonización de otros mundos. La lista

de posibilidades en esa época era corta: Marte y la Luna. Esos cuerpos no tenían las características mínimas para sostener la vida humana sin infraestructura apropiada. Podían terraformarse, pero el proceso podría tardar décadas, o peor, siglos.

Buscar planetas muy parecidos o iguales a la Tierra era una opción más económica, pero la lista de requerimientos era demasiado desalentadora y muchos pesimistas expresaron que cualquier intento de encontrar copias exactas de la Tierra era una pérdida de tiempo y dinero.

Un día, la sonda espacial minera Hefesto simplemente dejó de transmitir datos desde más allá de Plutón. El estudio de las últimas imágenes enviadas por el vehículo dejaron desconcertados a quienes las vieron. Al parecer, la sonda se dirigía sin control hacia una región del espacio donde no se veían estrellas. Después de eso, nada. No más imágenes, no más datos. Nada.

Se mandó una nueva sonda para descubrir qué había pasado con la anterior, equipada con lo más avanzado en comunicación cuántica. Si el equipo estaba en

condiciones de transmitir algo, podría hacerlo desde cualquier punto del universo, y el mensaje llegaría de inmediato a la Tierra.

En teoría, el casco de la nueva sonda estaba diseñado para soportar las inmensas fuerzas que estrujarían la nave a nivel molecular durante un hipotético viaje interestelar. El experimento tuvo éxito, la sonda llegó a lo que se suponía era un agujero negro en las afueras del sistema solar y entró. Cuando se volvió a saber de ella estaba a más de cinco mil años luz de distancia. Aquel fenómeno fronterizo no era precisamente un hoyo negro, sino un “agujero de gusano”. Hasta ese momento su existencia había sido sólo teórica, pero en cuanto se supo que de verdad estaban ahí, cientos de mentes excepcionales se pusieron a planear los inminentes viajes.

Gracias a lanzamientos posteriores fue posible conocer los detalles del viaje instantáneo por el universo. Se descubrió que dependiendo del ángulo y la velocidad de entrada en el agujero de gusano se llegaba a un punto diferente del espacio, más lejos o más cerca del sitio de partida.

Y se encontraron planetas colonizables. No eran copias exactas de la Tierra. había candidatos más grandes o más pequeños; con un poco de más o de menos de oxígeno; algunos fríos y otros con temperaturas promedio más

altas que las deseadas. Las posibilidades estaban ahí.

Se construyeron las naves que hacían falta, cada una fue diseñada para llevar veinticinco millones de personas, junto a diversas especies de animales, plantas y diversos organismos microscópicos.

De nuevo en la Tierra, cinco personas avanzaban lentamente en la fila de abordaje. Había una desesperación mal contenida en su andar. El penúltimo de ellos dijo mirando sobre su hombro al que estaba detrás de él

—¿Te das cuenta? Hasta que pongamos un pie en esa nave somos los últimos aquí.

El sujeto a su espalda sonrió con una leve mueca, reflejo de infinita tristeza.

—Amigo. El honor de ser el último hombre sobre la Tierra será todo mío.

Presionó el botón que cerraba la puerta y la aseguró por fuera. Así se mandó la señal de que todos los que debían subir lo habían hecho.

Para evitar que alguien fuera dejado atrás por error o como parte de una terrible venganza, el último hombre sobre la Tierra debía quedarse atrás voluntariamente. ♦

FRAGMENTO DE HISTORIA DE LAS NUEVAS COLONIAS: LAS GEMELAS NOCHE Y DÍA

GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE

“... MUCHO TIEMPO después, cuando las mujeres ya no cargaban en sus vientres la pesada tibieza de sus hijos, sucedió que la Doctora Mercure recibió la sorpresa de encontrarse esperando gemelos en su vientre de alquiler. La doctora Mercure era la responsable de diseñar el trazado de los campos electromagnéticos capaces de contener la antimateria con que enviábamos las naves llenas a poblar el espacio. Su magnífica obra rodeaba la Tierra como un

collar de perlas vibrante y lujoso, un cinturón que zumbaba la canción triunfante de la conquista interestelar. Acostumbrada a lidiar con las extrañas simetrías del universo, no se sobresaltó cuando oyó al médico hablar de la partición del único cigoto formado por un solo óvulo y un solo espermatozoide: tendría gemelas idénticas. Pero jamás esperó escuchar que cada embrión estaba protegido por un diminuto campo magnético, minúsculo arrullo de ninfas eléctricas que se expandía alrededor de cada una al mismo ritmo que la armoniosa multiplicación de sus células.

¿Extraño fenómeno de contaminación ambiental? ¿Tan insistente afán de trazar campos se había trasladado a la herencia genética de las Mercure? No podía ser. Las preguntas comenzaron a responderse, pero para la gente común se trataba de un



milagro. O de una advertencia.

Las gemelas Mercure recibieron los nombres de Anniki y Oriana. Alimentarlas fue el reto más grande, pues la doctora Mercure encontró una resistencia imposible de franquear entre sus pezones y la boca diminuta de sus hijas. Nadie podía tocarlas y, desde luego, ellas no podían tocarse entre sí. Cuando aprendieron a hablar, esta tragedia se redujo a una expresión infantil: “Abrazar a mi hermana me hace cosquillas”. “Abrazar a mi hermana no me hace cosquillas”, respondía la otra con idéntica picardía, no al unísono, sino como un eco.

Lo que al principio parecía un espectáculo curioso fue revelándose un hecho inquietante: las gemelas no sólo eran iguales en el cabello rizado, la piel oscura y la voz susurrante, también en sus movimientos y en las palabras que decían, pero de la forma enrevesada en que el reflejo de un cuerpo es idéntico a su original. Cuando crecieron, estas diferencias provocaron episodios espantosos: el cuchillo que la una blandía jamás se insertaba en la carne de la otra, los cuatro ojos demasiado abiertos, las cuatro manos crispadas arrancándose los propios cabellos. Se cubrieron los espejos,

con la idea de evitar que, sin más, su propio yo las aniquilase.

Cuando la doctora Mercure murió se acabó la bonanza de la energía planetaria. Nadie podía reproducir como ella la consistencia de los campos magnéticos. La cantidad de antimateria que se producía era insuficiente. Llegamos al borde de nuestra propia aniquilación. La única salida para quienes nos quedamos era la huida. Pero no había más combustible para viajar. Moriríamos.

Anniki y Oriana lo observaban todo desde sus respectivas celdas. Un día pidieron a las autoridades del hospital que las dejaran conversar un rato. Comieron cerezas, chocolate y pan de maíz juntas. Y después huyeron.

Se sabe que secuestraron una nave de mantenimiento y llegaron hasta la vieja estación alrededor de la tierra. Se sabe que calcularon la cantidad de antimateria que produciría el contacto imposible de sus cuerpos (“116 años de viajes ininterrumpidos a las colonias más lejanas, o un viaje para todos, sin boleto de vuelta”, escribieron de puño y letra, los cuadernos con sus notas se conservan en el Museo Mercure). Sabemos que ellas tenían la certeza de que lo harían posible, pues habían dedicado toda su vida a descifrar cómo aniquilarse la una a la otra, ▶

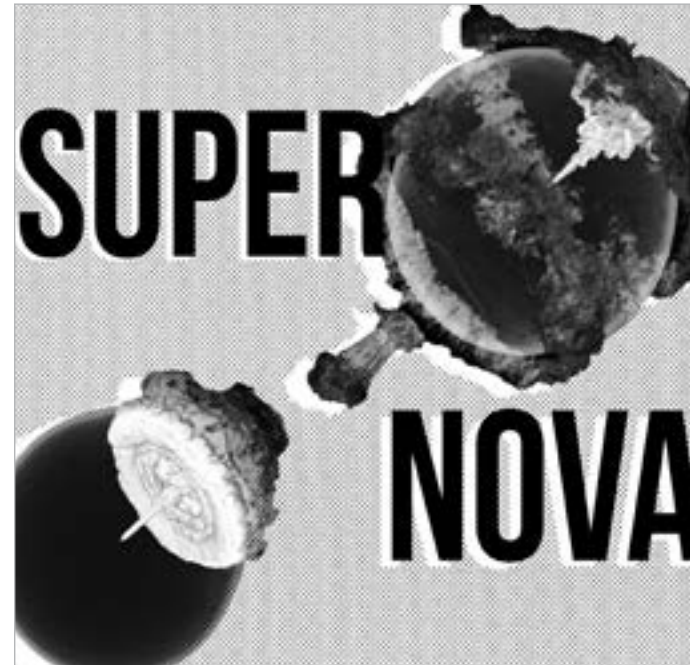
aunque también sabemos que Anniki y Oriana descubrieron que eran una misma persona así como la noche y el día ocurren en el mismo cielo. Sabemos que el método involucró dolorosas dosis de calor y velocidad, que éstas provocarían el anhelado y fatal contacto entre piel y piel, materia y antimateria. Sólo podemos imaginar su abrazo desnudo mientras giraban a 800 KPH dentro de la cápsula que

ardió en el cielo nocturno como las viejas bolas de fuego de las brujas en el bosque, y que luego explotó como una pequeña estrella, devolviendo a la Tierra la canción radioactiva que su madre compuso.

Fue así como pudimos dejar el planeta, y nosotros, la gente común, en este otro hogar, rezamos a Anniki por las noches, y agradecemos a Oriana al despuntar el alba.” ♦

DESPLAZAMIENTO PERPENDICULAR

LIBIA BRENDA



MIRA, MI AMOR, imagínate una cuerda recta, amarradas a ella hay varias cuerditas perpendiculares, cada una con un globo en el otro extremo. ¿Ya?, bueno, la cuerda es el tiempo lineal, en el que tú y yo nos casamos hace 23 años; los globos son mis viajes en el tiempo. No, no te puedo decir cómo empecé los viajes. Ah, nunca lo notaste porque: 1, siempre he regresado luego de que para ti han pasado minutos (como la vez en que fui al baño y volví con otra

ropa, dije que era una broma, pero en realidad me fui 17 años); 2, aunque haya pasado 13 años en, pongamos, el globo de Ur y allí haya envejecido esos 13 años, al volver a la cuerda principal regreso también a mi tiempo biológico estándar. Pues es como si me reiniciara (tampoco te puedo contar el proceso), pero hay un desfase: sólo reinicia mi cuerpo,

pero me quedo con la experiencia. En resumen, ya viví 543 años y 7 meses. ¡Que no!, yo no creo en el suicidio. Es sólo que ya me cansé.

Cada globo es una vida completa, por eso les pongo el nombre del lugar o la época a donde voy. No, no es el secreto de la inmortalidad, al menos eso me explicaron. Uy, no, menos puedo decirte quiénes me explicaron. Otra vez: esto no es ▶

personal, es una investigación muy amplia, está involucrada mucha gente. Ah, luego de nuestro primer beso: no desaparecí tres semanas porque necesitara un tiempo para asimilar que había “encontrado el amor”, estuve en la primera fase de exploración y todavía no manejaba bien este desplazamiento perpendicular. ¿Ese globo?, no, no lleva tu nombre, se llama ISS7. Sí, sí eres especial, pero entiende que ha sido medio milenio. No, no eres el primero al que se lo cuento.

No, sí me da tristeza. Tantita.

A ver, nos volvimos a desviar. Entonces, todos esos globos ocupan el mismo espacio que la cuerda principal, una cuerda finita. Y aunque los globos son flexibles, ya empiezo a sentir, ¿cómo te diré?, mucha presión. Para ti yo tengo cincuenta y siete años, pero si haces la suma verás que ya viví demasiado. ¿Ya ves?, sí por eso te lo cuento.

Bueno, al menos eso sí puedo decírtelo, ese próximo globo se llama Atlantis. ♦

ESPEJO NEGRO DE ANTIMATERIA

ENRIQUE URBINA

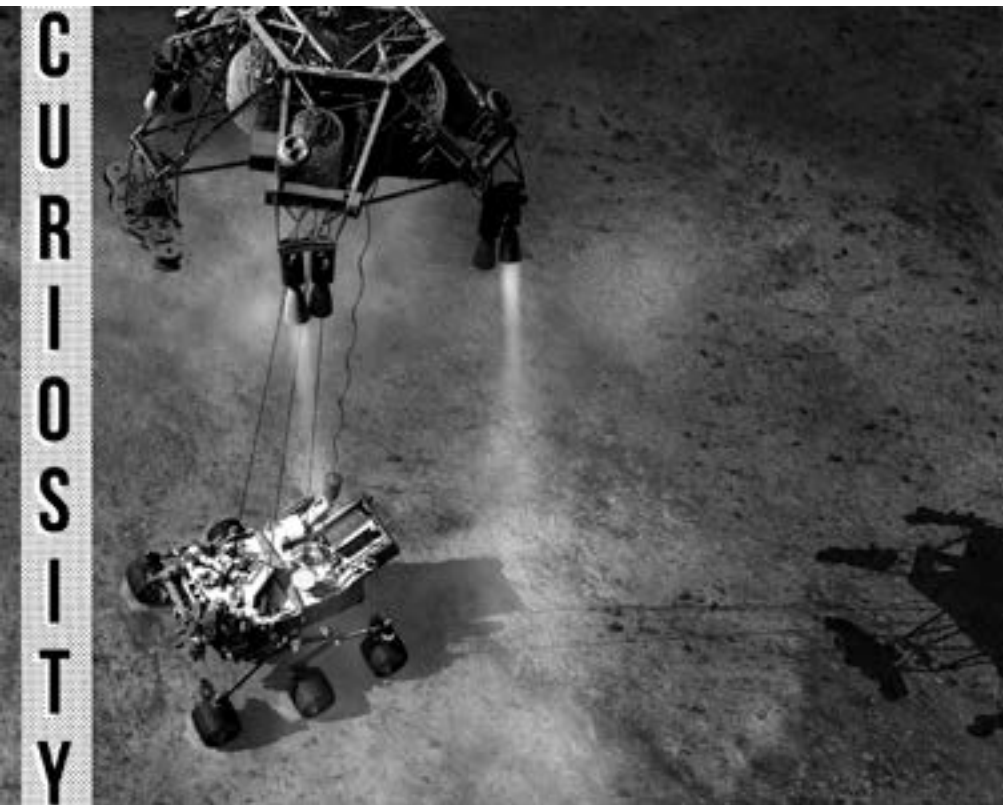
CAYÓ DEL ESPACIO. Nadie se dio cuenta, sólo Julio. Dijo que escuchó un silbido después de ver un brillo negro que salía de las estrellas; y que luego sintió un temblor. Al principio no le creían porque nadie más lo sintió. Pero un haz de luz que salía del pozo junto a su casa delataba el lugar del impacto. La gente del gobierno fue por el espejo, para que nadie se lo robara. Julio reclamó que era suyo por haber caído en sus terrenos. No le hicieron caso. Lo sacaron del pozo con una grúa, aunque no era más grande que una piedrita de río. Pero no lo escondieron. Lo metieron en una caja blanca y lo pusieron en el zócalo para que todos lo vieran.

Muchos se acercaron a ese artefacto tallado por el universo o por algo. Miles se miraron, pero nadie quiso contar qué veía en él. Algunos terminaron vomitando un líquido negro y viscoso. Otros, uno blanco. Hubo abortos, suicidios, orgasmos, maldiciones, epifanías, muertes. Algunos de los científicos que lo estudiaron primero vieron su reflejo y luego inventaron propulsores espaciales. Otros, armas de destrucción masiva elemental.

Al final, perdidos en el recuerdo de su reflejo, todos se olvidaron del espejo. Se extraviaron en sus revelaciones.

Pero Julio no. Él le se había preparado como las voces de arriba le dijeron. Fue a rescatarlo. Lo encontró olvidado, solo. Lo sacó de la caja, lo guardó en su bolsillo y regresó a su casa. Se miró en él según los rituales. Pero no pasó nada. No sintió nada. Aguantó los embates de la anti roca, pero no veía que operara ninguna transformación en el mundo como le habían dicho. No vio ni un pequeño cambio. Una noche vio su reflejo en las aguas muertas del pozo. Su lejano reflejo era igual que siempre. Desesperado, regresó a su casa y se colgó.

Al amanecer, las aguas del pozo se estremecieron. El reflejo de Julio se había quedado toda la noche ahí, y al fin había conseguido escalar los muros de tierra. Al salir, el anti Julio secó el agua de su rostro y caminó a la ciudad. Una explosión lo seguía. ♦



LA ASTRONAUTA DE ZAMBIA

ÓSCAR LUVIANO

EN LAS AFUERAS de Lukasa el distante rugido de un león no se diferencia del bramido de los cohetes en Cabo Cañaverl. Con su quepí de explorador y una capa púrpura, Edward Makuka Nikoloso, fundador de la Zambia National Academy of Science, Space Research and Philosophy nos recibe con una alegría que sólo puede ser otra estrategia de su fraude.

Desde hace meses envía telegramas a la BBC anunciando que la expedición a Marte ha sido un éxito, y que la cosmonauta Matha Mwambwa y su tripulación de dos gatos negros nos esperan para narrar los detalles de su llegada “allá”. Él se refiere a la Tierra, es evidente que no domina el idioma inglés. De todos modos, el director de la cadena nos envió al Centro Espacial zambiano para desmentirlo y ver si así se callaba de una vez.

Tras arrebatarme el micrófono, Makuka Nikoloso nos presenta al equipo

técnico “semilla de la hazaña” (cuatro alegres jóvenes negros que se mueven al unísono, en shorts y zapatos de un charol impecable), nos pasea por el centro de entrenamiento que consta de un tambo vacío que agitan para preparar a los cosmonautas para las tormentas de polvo cósmico; un columpio que fortalece las extremidades ante las extrañas posturas a las que obliga la gravedad cero y una charca con caimanes imperturbables en donde —nos cuenta— la astronauta Mwambwa fue arrojada una y otra vez para entrenarla en el duro acuaticaje. Insiste en que interpretamos mal al Programa Espacial de Zambia, y que el viaje no era a Marte, sino “allá”. Y al decir “allá” señala a su alrededor: las ceibas, el suelo y los corrales con gallinas (que se suponen valiosísimas para evaluar la falta de oxígeno). Lo corrijo: señalo el cielo y le digo “allá”, él se ríe con dientes brillantes. “Llegamos allá”, insiste, y señala la tierra bajo sus pies.

Al final del recorrido llegamos a un taller con techo de palma en el que los técnicos ensamblan el cohete (láminas

sobre un armazón de madera, decoradas con la bandera de Zambia). Nos observan dos gatos negros y la cosmonauta, que luce un orgulloso y moreno embarazo de siete meses. Recupero el micrófono de manos de Makuka Nikoloso y le espeto que no puede haber existido un viaje “allá” o “acá” si ni siquiera hay cohete alguno. Es evidente, además, que la cosmonauta no irá a ningún lugar en ese estado.

Martha Mwambwa me pone una mano tibia y cálida en el hombro y me dice que para llegar “allá” (y señala también el suelo) alguien tiene que fracasar “aquí” (y señala de nuevo el suelo).

Con entusiasmo pasa a explicarnos (o eso entiendo) la finalidad de los gatos, que con caras de fastidio se dejan encerrar en cajas de madera labradas con imágenes estelares. Nosotros no les disparamos, nos tranquiliza Makuka Nikoloso, ¡Es una barbaridad!, pero usamos dos para aumentar el número de universos posibles (otra expresión que debe ser fruto de su limitado inglés).

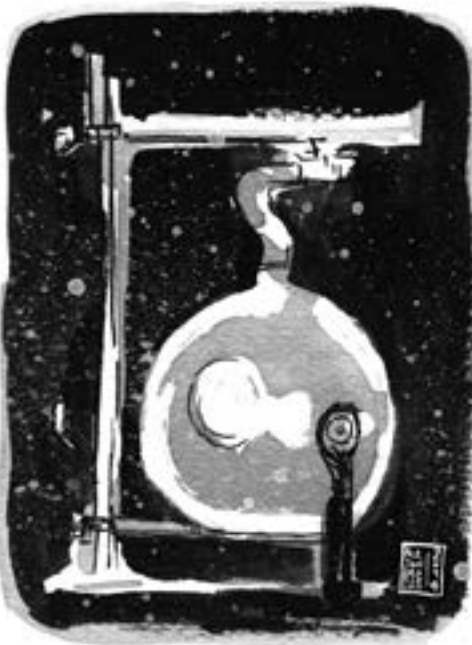
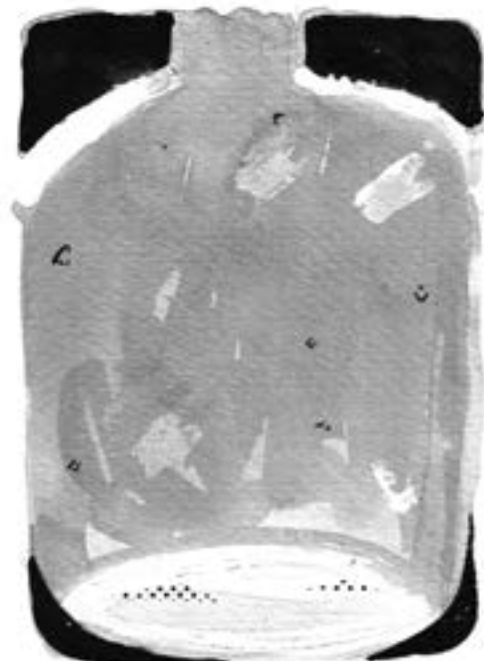
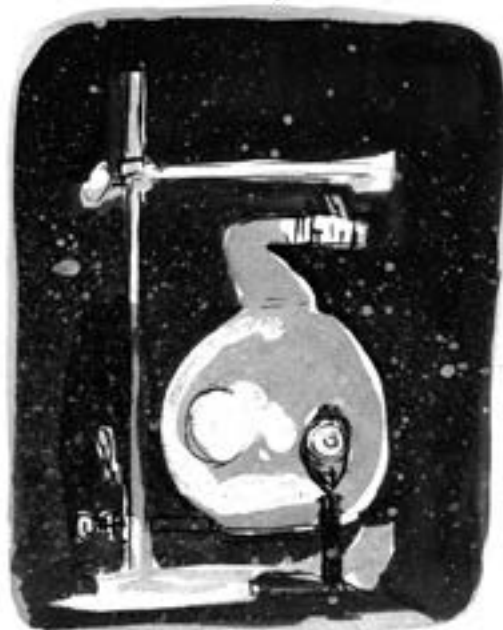
La astronauta abre ambas cajas, un gato sale, el otro no, y ella aplaude y mira a la cámara como si todo fuera muy obvio.

Basta de parloteo científico, sentencia Makuka Nikoloso, ¡Estoy seguro de que se mueren

► CONTINÚA EN LA PÁGINA 15

RELÁMPAGOS de

LABORATORIO



▶ VIENE DE LA PÁGINA 11

por entrevistar a Martha! Y señala una cabaña en el extremo del campo. La cosmonauta embarazada se despide: Yo me quedé aquí mientras hablan conmigo... es mejor no arriesgarse a una anomalía.

Mientras caminamos hacia la cabaña, Makuka Nikoloso insiste en la necesidad de que presentemos la filmación a la UNESCO para obtener más fondos. Habla de millones de cajas, de millones de gatos. Toca a la puerta de la cabaña y desde el interior la voz

de la cosmonauta nos invita a entrar.

Es ella, desde luego, con sus dos gatos en el regazo, aunque más delgada y cansada. Tiene arrugas y el cabello gris (el viaje hasta allá debe ser largo, espantosamente largo) pero sonrío con sinceridad.

Al verla siento la extrañeza que produce alguien sin una mano o una pierna, pero es como si todo cuando la rodea le faltase. Los gatos, gordos y viejos, visten pequeños trajes de astronautas. Son unos presumidos, dice Makuka Nikoloso. ♦

INVERSIÓN

ADRIÁN “POK” MANERO

ZAK ERA UN neutrino común y corriente. Le gustaba divertirse y vestir a la moda, con ropa de colores llamativos, y llevaba un gran copete. Pero, al igual que el resto de su especie, temía encontrarse con su antineutrino. Algunos decían que eran sólo cuentos inventados por las madres neutrinas: “si te portas mal, va a venir tu antineutrino y te va a aniquilar”. ¡Patrañas! pero aun si descartaba esas habladurías, Zak sentía miedo ante la idea de

su posible aniquilación. Zak se imaginaba que su antineutrino sería completamente opuesto a él. Que sería viejo, aburrido y de traje y corbata; con portafolios en lugar de patineta voladora, lentes de fondo de botella en vez de radicales gafas oscuras; que sería calvo a diferencia de él, quien adoraba su pelo morado. También imaginaba que no sería nada amigable: y él era el neutrino más sociable de todos.

Un día, mientras flotaba de

camino a algún lado, Zak vio que se acercaba otro neutrino, y se veía era exactamente igual a él. Ambos tenían la misma estatura, la misma vestimenta, el mismo peso, la misma sonrisa inicial, que fue sustituida por la misma mirada desconfiada. Se contemplaron con recelo, se quitaron las gafas al tiempo que se exploraban de arriba abajo. Pero Zak, siendo tan sociable, decidió iniciar la conversación.

Grande fue su sorpresa, la de ambos, cuando saludaron al mismo tiempo. Se echaron a reír y, ya más relajado, Zak decidió invitar a su doble a una fiesta.

El otro se presentó como Kaz y confesó haber pensado que por fin se había topado con su anti-neutrino. Zak sonrió al admitir que había pensado lo mismo y le extendió la mano. Al estrecharla, ambos desaparecieron en un destello de luz.

Si pudiera, Zak le diría a todos los neutrinos que las antipartículas son muy reales. Y que son idénticos a ellos, es más, ellos mismos se piensan neutrinos. Lo único que los diferencia es su carga. Pero Zak ya no existe, así que muchos neutrinos, quarks y electrones incautos seguirán cometiendo el mismo error. ♦

DE CAMINO

FRANCISCO DE LEÓN

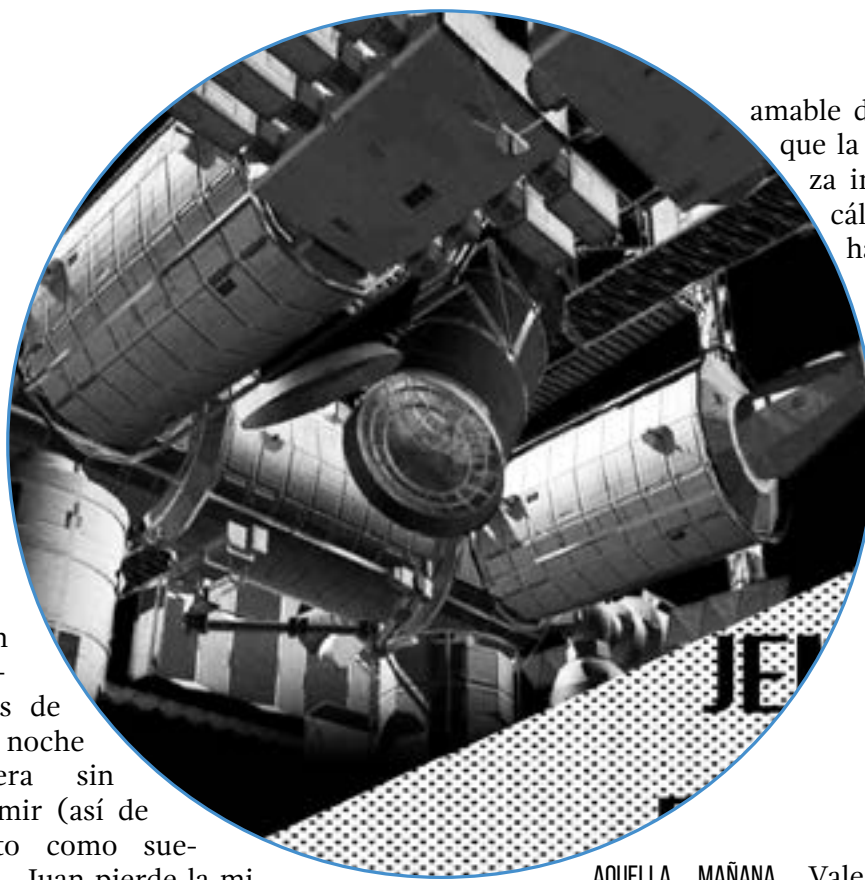
UNAS LUCES que destellan sin cesar. Juan abre los ojos; el constante titilar de las luces de la cabina lo distrae desde que inició el recorrido. Incluso con los ojos cerrados puede “ver” esos inquietos destellos.

Detesta esas luces que parpadean sin tener una razón clara para hacerlo. Le inquietan desde que era niño: en Navidad, mientras sus hermanos dormían alrededor del árbol, acompañados por el botín de juguetes recién obtenidos, Juan permanecía despierto, aunque fingía dormir. Lo mismo hace ahora. El cielo estrellado, lejano de tan cerca. Juan no sabe por qué se acomoda boca arriba. Es la posición que más le impide dormir. Sólo hace falta para que pierda la vista en un punto para que pase horas despierto. Juan piensa que allí la noche es muy distinta, ¿se valdrá llamarle noche? Ahí está: esa sola pregunta podría mantenerlo despierto por años.

Juan suspira. Se consuela pensando que, por lo menos ahora no serán los rayos del sol los que le molesten, los que le hagan levantarse enojado y encaminarse a la ducha para tratar de despertarse

bien después de una noche entera sin dormir (así de tonto como sueña)... Juan pierde la mirada en el espacio “infinito”. Ya no siente consuelo. Piensa que tal vez no fue tan buena idea ofrecerse para la misión. Algo llena su estómago, su hambre y su sed quedan saciadas sin que por su boca haya pasado ningún sabor (¿tenía hambre o sed?).

Ahora piensa que al menos debió haber hablado de su insomnio. Tuvo muchas oportunidades: las entrevistas iniciales, los entrenamientos, el lanzamiento. Vaya, al menos pudo haber advertido al personal de Tierra que su cámara de hibernación no funcionaba bien. Pero eso hubiera sido poco



amable de su parte. Además, lo más probable es que la cámara funcione bien y sea su naturaleza insomne el único desperfecto. Según los cálculos de Juan, el sexto mes de viaje debe haber comenzado.

Seis meses despierto. “Debe ser un récord”, intenta consolarse, pero no lo logra.

Marte debe estar ya muy cerca; tal vez ahí sí pueda dormir.

Cierra los ojos. ♦

TEMPORADA DE COSECHA

ANA PAULA ROMUALDO FLORES

AQUELLA MAÑANA, Valentina se despidió de Antonio con un beso que alargó unos segundos más. Sabía que era el último.

Anduvo por el desolado camino hasta llegar a su trabajo, donde se encontró con los rostros famélicos que veía a diario. Durante su primer descanso se dirigió con pasos lentos a la oficina de reclutamiento. Ahí la recibió un sonriente recepcionista que le recordó todos los beneficios que sus familiares directos obtendrían, mientras la conducía a una amplia sala decorada con colores suaves y arreglos de antracitas, cuyo aroma le recordó la edad de oro de la ciudad

antes de la crisis energética.

Una dulce voz interrumpió sus recuerdos.

—¿Está segura de que quiere realizar el procedimiento?

—Sí.

—Vea a la cámara. Listo. Felicidades, es la mejor decisión que pudo haber tomado. Ahora pase del lado izquierdo, por favor.

Aquella tarde, junto con los que habían elegido la misma suerte, comió los manjares que desde hacía una década estaban reservados para la clase timócrata.

Al terminar, se incorporó a una larga fila que avanzaba rápidamente por un pasillo que ▶

parecía interminable y que los condujo a los vehículos que los llevarían a la zona de despegue. Codo a codo con los cuerpos marchitos de sus compañeros de resignación, atravesó un desierto, en cuyo extremo se encontraba una flotilla de aeronaves esperando ser abordada.

Sería un viaje largo, pero le aseguraron que no percibiría el paso del tiempo.

Antes de caer en un profundo sueño, pensó en el gusto que le daría a Antonio saber que sería transferido a la parte de la ciudad donde había luz artificial de noche y agua caliente todos los días. Pensó también en la abulia que la orilló a hacerlo, en el patetismo de su vida diaria. El suyo no había sido un acto de bondad pura, sin embargo así sería recordada por él.

Despertó invadida por una

ligera sensación de calor y miró por las enormes ventanas que rodeaban la aeronave. Con que así se veían de lejos los mundos hechos de materia. Ella, antimateria desde la creación, nunca imaginó que un planeta de materia fuera tan similar al suyo.

En ese extraño lugar, donde el curso de los ríos fluía hacia el sur, nadie sospechaba que una flotilla de aeronaves cosechadoras de energía estaba por liberar a Valentina y a sus hermanos de desgracia sobre su superficie.

De pronto el terror, la colisión, el aniquilamiento. Al final, el espacio vacío que dejó la Tierra.

Las aeronaves recolectoras atraparon de un bocado toda la energía creada y regresaron a Deimos, donde una nueva flotilla despegaba hacia otro extraño planeta. ♦

APUNTE SOBRE LA NOTA DEL DOCTOR ARCHER

M. F. WLATHE

A PETICIÓN de la Universidad, informo lo poco que sé sobre el trágico suceso ocurrido en el laboratorio de partículas la semana pasada. Debo aclarar que mi trato con el doctor Archer era únicamente académico y que nunca nos prestamos a conversaciones fuera de este ámbito, por lo que desconozco sus motivos para haberme hecho llegar, lo que después sería considerada, su nota suicida. Fue en esta nota donde me enteré, con sorpresa, de la existencia de su esposa Clara.

Pero no quisiera adelantarme. Todo empezó con los intentos iniciales de la Universidad de producir antimateria. El doctor Archer fue uno de los primeros en lograrlo, aunque por periodos muy breves. Hasta hace tres semanas, cuando logró contener una antipartícula, aparentemente por tiempo indefinido, en lo que muy pronto se conocerá a nivel internacional como Cámara de Archer. Si bien es cierto que la conducta de Archer fue un poco extraña las últimas

semanas, era imposible adivinar lo que traía en mente. Se encontraba frente a uno de los más grandes avances en la física moderna, era lógico que se negara a participar en eventos y consumiera la mayor parte de su tiempo en el laboratorio. La euforia que lo invadía al

Hablar del tema, su único tema, era comprensible pues todo el mundo creía que esa investigación le valdría el Nobel.

El día de su muerte me crucé con él, justo antes de que entrara al laboratorio, iba en exceso aliñado y feliz. Por un momento se consideró la posibilidad de que fuera un accidente, que de algún modo no previsto hubiese entrado en contacto con la antipartícula. Nadie supuso que estuviera convencido de un pacto de amor suicida o de un beso capaz de desintegrarlo.

Me di cuenta hasta que entré en mi oficina, horas después, y encontré la nota firmada por él que decía: “Me enamoré de una antipartícula. Por favor, avísele a mi esposa”. ♦



TRESENRAMA

ALBERTO CHIMAL

{ una aventura de Horacio Kustos; léase primero la columna 1, luego la 2, luego la 3 }

DÍA 1		DÍA 2		DÍA 3	
—No me llame “mago” —dijo Wang—. No lo soy. Soy algo distinto. Soy el augur de la Tresdenrama.	—Puede decir que soy mago —dijo Wang— pero también soy algo más: soy el augur de la Tresdenrama.	—Tal vez sea justo llamarme mago —dijo Wang—, tal vez no. Soy el augur de la Tresdenrama.	—Tal vez sea justo llamarme mago —dijo Wang—, tal vez no. Soy el augur de la Tresdenrama.		
Me saludó como si me conociera de siempre.	Otra vez me saludó como si me conociera de siempre, aunque dijo también: —Mucho gusto.	Me saludó como si me conociera de siempre. —Ha visto a mis otros yo, ¿verdad? Mis otras opciones.	Me saludó como si me conociera de siempre. —Ha visto a mis otros yo, ¿verdad? Mis otras opciones.		
No podría precisar cómo era su cara: recuerdo facciones borrosas, cambiantes.	Supe que era el hombre del día anterior y a la vez no lo era. Sus facciones borrosas eran otras.	No me sorprendió que otra vez fuera y no fuera él. Me pregunté qué sería realmente el Tresdenrama.	No me sorprendió que otra vez fuera y no fuera él. Me pregunté qué sería realmente el Tresdenrama.		
Luego me explicó su doctrina: que cada persona y cada cosa son exactamente tres, ni menos ni más.	Luego me explicó su doctrina: yo estaba tan asombrado que no le dije que ya la conocía.	Lo dejé repetir su doctrina: era la misma pero los tres (noté) la decían de modo vagamente distinto.	Lo dejé repetir su doctrina: era la misma pero los tres (noté) la decían de modo vagamente distinto.		

—Sí, No, y No Sé —dijo Wang—. Cada elección que hacemos nos trifurca: nos divide en tres.	Vi que también su ropa era dis tinta. Vi un sillón negro que el día anterior había sido blanco.	—Al ver la división en tres —dijo— la percepción cambia. (Wang 1 había dicho mente; Wang 2, alma.)	—Al ver la división en tres —dijo— la percepción cambia. (Wang 1 había dicho mente; Wang 2, alma.)		
—No lo vemos porque cada alterna tiva que tomamos engendra tres nuevos universos, uno para cada una.	—Cuando el alma ve su división entiende lo vano de todo. Y es, claro, una experiencia terrible.	Ahora el sillón era gris. —La parte interesante llega —dijo Wang— cuando piensa en usted.	Ahora el sillón era gris. —La parte interesante llega —dijo Wang— cuando piensa en usted.		
—Pero si se le entrena hasta poder ver esa división en tres, la mente cambia.	—¿Qué dice? —Lo que no fue siempre brilla más que lo que es. Lo real es el error y es el mal.	—¿Qué dice? —¿Ha pensado que la división lo afecta a usted? Así es. Hay otros dos como usted...	—¿Qué dice? —¿Ha pensado que la división lo afecta a usted? Así es. Hay otros dos como usted...		
—Venga mañana y empezará a ver cómo —y agregó que era una experiencia muy positiva.	—Y el descubrirlo nos destruye —siguió Wang—. Porque nunca sabremos qué elección nos condena.	—Y nunca sabrá si usted es el Sí, el No, el No Sé: si los otros son más desdichados o más felices.	—Y nunca sabrá si usted es el Sí, el No, el No Sé: si los otros son más desdichados o más felices.		
—¿Positiva? —Lo que pudo ser refuerza el valor de lo real. Dije que volvería. Salí del despacho.	Dijo mucho más sobre el error, el arrepentimiento, la amargura. Dije que volvería. Salí de allí.	Salí de allí. Me pregunté por los otros dos ‘yo’ que se preguntaban sobre mí, y que no conocería.	Salí de allí. Me pregunté por los otros dos ‘yo’ que se preguntaban sobre mí, y que no conocería.		
Y anoté todo, como siempre, en el cuaderno.					

EL CÁLCULO CORRECTO

DAVID VENEGAS

LA EXPEDICIÓN de Hipnos era el proyecto científico más ambicioso que se había desarrollado hasta el momento. Para su sola planeación fue necesario recopilar y conjugar siglos de ciencia y tecnología.

La nave podía resistir impactos de varios cientos de toneladas y contaba con un aislante de amplio espectro contra la radiación. Tenía también un reactor de fusión nuclear de cuarta generación, una estrella en miniatura, para abastecer de energía a todos sus sistemas.

La tripulación estaba compuesta por entidades cuánticas computacionales, que representaban el pináculo en el desarrollo de la inteligencia artificial.

El capitán (a quien todos conocían como el Soñador) era el único humano a bordo y líder del proyecto desde su planeación. Lo habían sometido a tratamientos médicos genético espaciales, gracias a los cuales se alimentaba por fotosíntesis, era capaz de soportar aceleraciones de hasta 10 G sin despeinarse y su esperanza de vida era de varios cientos de años. Irónicamente, ya no quería dormir.

El mundo entero se maravilló con el desempeño de la Hipnos en el estudio de una supernova. El casco de la nave resistió el impacto directo de la onda de choque, y los datos que la tripulación cuántica recopiló y analizó le valieron al capitán el Premio Nobel por sus avances en astrofísica, rayos cósmicos ultraenergéticos, dinámica de los flujos interestelares, etcétera.

Ahora se dirigía al sitio ideal para estudiar la gravedad y las distorsiones en el espacio-tiempo. Se encontraba ya en las inmediaciones del agujero negro en el centro de la Vía Láctea.

El Soñador realizó los cálculos de la distancia mínima prudente para acercarse e inició su tarea. Los sensores comenzaron a recibir un alud de datos y, casi a la misma velocidad, los analistas cuánticos arrojaban resultados.

Al combinar lo que ya se sabía con lo que se descubría en ese momento todo cobró sentido: la cuántica con la relatividad, el origen y destino del Universo, la vida con la antimateria, las estrellas y la materia oscura, todo encajaba en un conjunto perfecto.

Esos datos tenían que enviarse de inmediato a la Tierra, la humanidad debía enterarse. Sin embargo, Hipnos no pudo enviar el mensaje. En cuanto se dio cuenta, el capitán se empeñó en averiguar qué ocurría.

Todo parecía estar en orden, los sistemas funcionaban a la perfección. Sin embargo, había un error y no era de la nave.

Alguien, en algún momento, tal vez cientos de años atrás, se había equivocado al calcular el tamaño de ese agujero negro. No parecía un error muy grande, unos cuantos kilómetros de más no figuraban para nada en distancias astronómicas. Pero debido a este error, Hipnos había cruzado el horizonte de eventos. Ni la nave ni el mensaje del descubrimiento absoluto podían viajar a la velocidad necesaria para escapar de la gravedad del agujero negro, así que estaban completamente perdidos para siempre.

El capitán sintió náuseas, desesperación y ganas de arrancarse los cabellos.

El Soñador despertó. La luz de media tarde entraba por la ventana y anunciaba que la hora de la siesta había terminado. Se incorporó un poco torcido por haberse dormido en la silla, y miró su pizarrón abarrotado con números que describen el Universo, su forma, su historia. Se concentró en los huecos donde el entramado matemático aún no era suficiente para arrojar respuestas.

Era hora de trabajar. ♦

CIENCIA-FICCIÓN-CIENCIA V2.0

Esperen nuestro próximo número en 2015, ¡incluirá un paquete de partículas subatómicas que interactúan con lo que sea (o no) sin que te des cuenta!



Instituto de
Ciencias
Nucleares
UNAM

